



Traducción
POLÍTICA, PROTESTAS Y PANDEMIAS
The New Yorker

Durante el año pasado, la agitación social ha sido tan generalizada como el COVID-19. ¿Qué hará la historia con eso?

Escrito por: Adam Gopnik

Puede consultar la versión original [aquí](#)

Es extraño saber, como ciudadano de su propio tiempo, lo que los historiadores del futuro argumentarán al respecto, pero no saber qué dirán al respecto y, aún más extraño, qué deberían decir al respecto. Después de todo, deberíamos ser expertos en nuestra propia experiencia; pero no lo somos. En cierto modo, esto no es sorprendente. Alguien que luchó en azul en Antietam, presumiblemente, podría decirles a los historiadores de la Guerra Civil una o dos cosas sobre el rostro de la batalla. Pero, abrumado por el humo y el ruido, es más probable que un soldado salga de la batalla maldiciendo su tiempo y bendiciendo su suerte al mismo tiempo por sobrevivir a la pelea, pero sin tener más información sobre el curso —o el significado— de la misma que cualquier otro. Los veteranos leen las historias militares de las batallas en las que pelearon con más voracidad que las personas que no estuvieron allí. Ellos también, necesitan el punto de vista de Dios para poder ver su propia experiencia.

La mayoría de los que vivimos a través de la pandemia de coronavirus somos un poco como esos veteranos: lo que vemos está limitado por el ruido y el humo de nuestro entorno inmediato. Sabemos que existe una relación entre nuestros miedos pandémicos y nuestras ansiedades políticas, pero articularla es difícil. No hace mucho, el historiador Niall Ferguson ofreció un resumen sucinto de las formas en que las pandemias han infectado históricamente la política, que se remonta a la plaga de Atenas, que indujo o supervisó la guerra del Peloponeso, y las formas en que la gripe de 1918 pudo haber provocado el surgimiento tanto del bolchevismo como del fascismo.

Podríamos considerar a la gripe de 1918 responsable en última instancia de las crisis que ocurrieron veinte años después, pero primero habría tenido que abrirse camino, dominó a dominó, a través de los excesos de la era del jazz. En el camino aparecieron muchas otras causas por señalar alguna. Esfuerzos similares para moralizar sobre esta pandemia han demostrado hasta ahora resbaladizos en cuanto a certeza. El verano pasado, el admirable antropólogo canadiense Wade Davis intentó escribir un resumen de las lecciones políticas de la pandemia. Comenzando con la idea de que era poco probable que las vacunas llegaran pronto —una idea ahora relegada al basurero de los hospitales de la historia—, pasó a la noción de que Canadá había hecho mucho mejor en el manejo de la pandemia que Estados Unidos. Por mucho que los canadienses (incluido yo mismo), orgullosos de nuestra



larga historia de atención médica nacional, quieran que esto sea cierto, la realidad es más complicada. Montreal y Toronto recientemente han estado sometidas a restricciones más estrictas que la ciudad de Nueva York, y el lanzamiento de la vacuna se considera ineficiente. La verdad más grande y aterradora es que la tasa de mortalidad en la pandemia es notablemente lábil de un país a otro; naciones con fuertes sistemas médicos nacionales, como Francia y España, no siempre lo han hecho mucho mejor que aquellos con sistemas anárquicos, como los Estados Unidos. La democracia abierta tampoco parece ayudar tanto como hubiéramos esperado. Australia y Corea del Sur lo han hecho extraordinariamente bien, pero también, si hay que creer en las cifras, China también. Según el índice de rendimiento Covid del Lowy Institute, "a pesar de las diferencias iniciales, el rendimiento de todos los tipos de régimen en la gestión del coronavirus convergió con el tiempo".

Vuelva al pasado y lo que encontrará no son claros vectores históricos, sino la misma indeterminación. El historiador Samuel K. Cohn, Jr., experto en la relación entre las plagas y las personas, ha explotado, historia por historia, las pulcras versiones de la historia en forma de caricatura en las que las enfermedades apuntan a vectores políticos unidireccionales. En su extensa beca, incluido el libro "Epidemias: odio y compasión de la plaga de Atenas al sida", "Un estudio asombrosamente exhaustivo de las correlaciones entre las pandemias y la violencia política, que abarca desde la peste negra en la Florencia del siglo XIV hasta el cólera en el Londres del siglo XIX, la sífilis en el París impresionista y la tuberculosis en la Nueva York de principios del siglo XX. —Cohn ha demostrado que, aunque las pandemias y las enfermedades infecciosas a veces nos llevan a culpar a algún "otro" grupo, con la misma frecuencia crean nuevos tipos de solidaridad social. "Las pandemias no dieron lugar inevitablemente a la violencia y el odio", escribe Cohn.. "En casos sorprendentes, de hecho hicieron lo contrario, como se atestiguó con epidemias de causas desconocidas en la antigüedad, la Gran Influenza de 1918-19 y la fiebre amarilla en numerosas ciudades y regiones de América y Europa. Estas crisis epidémicas unificaron a las comunidades, curando las heridas profundas de las tensiones y ansiedades sociales, políticas, religiosas, raciales y étnicas anteriores".

Prácticamente todas las generalizaciones que podríamos planterar en la política pandémica resultan poco convincentes. La peste negra destruyó el sistema gubernamental de Siena y aumentó la violencia allí, pero, a solo ochenta kilómetros de distancia, en Florencia, la misma plaga provocó una marcada disminución del desorden civil: el "tenor de la vida" allí se volvió menos, no más, violento. En algunos lugares y momentos, escribe Cohn, en "The Black Death: End of a Paradigm" "El miedo a la plaga" puede haber iniciado una nueva intensidad en la historia de las persecuciones judías", pero en otros lugares y épocas no muy distantes, las reacciones a la plaga inspiraron un nuevo escepticismo protocientífico de la autoridad, de modo que "Los nuevos médicos de la plaga se basaron en su propia 'experiencia'" para luchar contra la enfermedad. Mirando en detalle la historia del cólera, la sífilis y otras enfermedades, parece que, en cada caso, por así decirlo, por cada motín antisemita que se produce (y los contrae), también se obtiene



solidaridad social en torno a los grupos amenazados. . Sin patrón unidireccional, solo actos contingentes.

La misma verdad es válida hoy en día, como muestra el rastreador de trastornos covid -19 del grupo de investigación aled : el desorden social en el año de la pandemia se ha extendido por todo el planeta y su propósito se ha polarizado. En algunos lugares, Hong Kong es un ejemplo obvio, la pandemia ha proporcionado cobertura para la represión política. En otros, Estados Unidos entre ellos, ha sido un catalizador tanto de manifestaciones sociales legítimas como de protestas alarmante. El único patrón que emerge es la ausencia de uno.

Sin embargo, dentro de todo ese movimiento fluido, seguramente se puede ver algo sólido; la incertidumbre de los resultados —las salvajes oscilaciones entre reforma y reacción, entre protesta productiva y disturbios— se basa en la ambivalencia inherente de la psicología pandémica. Las pandemias hacen que las personas se sientan precarias, y sentirse precario puede enfocar nuestras mentes o freír nuestros circuitos.

Si los misterios entrelazados de la peste y la política apuntan a una moraleja, puede que se encuentre en una novela que parece tratar sobre una pandemia pero que en realidad trata principalmente de política. Este es, por supuesto, " La plaga " de Albert Camus. " A pesar de la omnipresencia de la novela durante el año pasado, a menudo se pasa por alto su objetivo. Entendida durante mucho tiempo como una alegoría inspirada de la ocupación alemana de Francia, la novela de Camus trata sobre cómo presiones sin precedentes desafían y cambian a la gente común. El cambio ocurre en todo tipo de formas vívidas e impredecibles. Los valientes entran en pánico, los pequeños están a la altura de las circunstancias. Algunos atienden a los enfermos, otros intentan huir. Algunos de los personajes que huyen tienen razones comprensibles para hacerlo, como reunirse con un ser querido; algunos que se quedan tienen motivos dudosos. Las presiones de una pandemia nos empujan a todos a momentos similares de elección moral: marchar o no; volverse hacia adentro o hacia afuera; volverse, como los florentinos del Renacimiento, escéptico de la autoridad o furioso con el forastero. Ninguno de ellos está arreglado de antemano.

Las plagas no tienen planes. La gente si. Lo que hacen las presiones irracionales de una crisis médica universal e inexplicable es ampliar la posibilidad humana en toda su variedad, colocarla en el escenario y hacerla vívida. Entonces, las elecciones existenciales básicas que tienen significado se vuelven ineludibles. La única moraleja que dicta una plaga es que no se dicta nada y que todo puede cambiar, a veces de la noche a la mañana. Ese pluralismo de posibilidades humanas es lo que todavía estamos tratando de promulgar como política democrática.